

EL TIEMPO DE LAS TRIBUS

Recién comienza a difundirse mas allá de los cenáculos la obra de Michelle Maffesoli (*El Tiempo de las tribus*, Icaria, 1993). Con ello podríamos señalar, que ha encontrado el aula de clases y ha comenzado a andar por los pasillos una obra que tiene dos grandes cualidades: la primera, nos presenta el derrumbe del individualismo; la segunda, nos invita a comprender el mundo desde una estética del sentir.

El autor plantea, que hemos entrado a vivir en una comunidad emocional, ya que asistimos a un movimiento del orden social desde el mecanicismo hacia una estructura compleja.

El individualismo ha sido sobrepasado por la masa indefinida. El pueblo sin identidad o el tribalismo en cuanto nebulosa de pequeñas identidades locales. El individuo no posee ya la sustancialidad que le han reconocido por lo general los filósofos desde los tiempos de las luces. La idea de persona, o máscara, se integra en una variedad de escenas y de situaciones que sólo tienen valor por ser presentadas en grupo. La multiplicidad del yo y el ambiente comunitario servirán de telón de fondo para la reflexión.

Vivimos la sustitución de un social racionalizado por una socialidad de predominio empático.

La historia puede promover una moral, mientras que el espacio puede favorecer una estética y segregar una ética. Lo que vendría a traducirse en que la justicia propiamente está subordinada a la experiencia próxima y que la justicia abstracta y eterna está relativizada por el sentimiento vivido en un territorio dado. Esta situación nos está dando cuenta del declive de las grandes estructuras institucionales y la emergencia de las comunidades de base, que descansan en una realidad proxémica. La multiplicación de los pequeños grupos de redes existenciales, especie de tribalismo, descansa en el espíritu de la religión (re-ligare) y en el localismo (proxemia), desarrollándose los valores dionisiacos como modulaciones de la pasión.

Las estructuraciones sociales tienen sentido a condición de su sintonía con la base: la iglesia no se sostiene sin pueblo. A la autenticidad dramática de lo social responde la trágica superficialidad de la socialidad. La sociedad los grupos y las masas interactúan en una relación orgánica que ejerce su influencia en el imaginario colectivo. Así, superada la categoría del individualismo se le da paso a las tribus urbanas.

En el caso de las tribus nos vemos confrontados con una solidari-

Reseñas y eventos

dad que tiende a acentuar principalmente el todo. Estas lógicas grupales se inscriben en la lógica dionisiaca de la sociedad, del sentimiento compartido que obliga a pensar lo plural en la estructuración de lo social, pues la multiplicidad lo constituye principio vital. Este pluriculturalismo, al ser fruto de un principio lógico y de realidad, resulta de la efervescencia de la heterogeneización de los valores por-venir.

La nueva realidad es proxémica e intensiva, ya que nos remite a una argamasa emocional que se funda en un nosotros. Los microgrupos se hacen a partir de un sentimiento de pertenencia en función de una ética específica. Lo no racional no es irracional, no se sitúa con relación a lo racional, sino en su propia lógica; es una nueva racionalidad que, organizándose alrededor de un pivote, une a las personas y, a la vez, las deja libres. De ahí su contingencia.

Ya no hay que buscar el sentido en lo lejano o en una teoría ideal impuesta, sino que hay indagar en la subjetividad comunitaria y de esa manera celebrar que el pensamiento se haya reconciliado con la vida.

Rubén Alayón Monserrat